

**CONTESTACIÓN DEL SEÑOR CARLOS A. ROMERO**

Excmo. Señor;

Señoras;

Señores:

Un precepto del Instituto me impone el grato deber de dirigiros la palabra en este solemne día en que conmemora el segundo aniversario de su instalación y en que tiene el placer de recibir en su seno al distinguido bibliógrafo padre Fray Domingo Angulo.

No titubeó el Instituto al aceptar en su seno como uno de sus miembros de número al padre Angulo, mas si algún escrúpulo hubiese existido, el conceptuoso discurso que acabamos de escuchar, lo disipa por completo.

Tiene el padre Angulo predilección por los estudios bibliográficos, ramo que cultiva con talento y que sirve de sólida base no sólo al estudio de la Historia sino al de todos los ramos del saber humano. Así como la rosa náutica marca el rumbo al marino, así, la Bibliografía, indica al escritor los derroteros de las fuentes de información para sus trabajos, ahorrándole investigaciones fatigosas. El bibliógrafo con sus afanes y sudores, acopia libros, escudriña archivos coordina sus apuntes é indica el derrotero de ellos para el común aprovechamiento.

Necesariamente, todo trabajo resulta deficiente si antes no se consultan todas ó la mayor parte de las obras que tratan de la materia sobre que se desea escribir. Entonces es

cuando se palpa la utilidad de la Bibliografía y lo árida y fatigosa que es la labor del bibliógrafo.

Hasta mediados del siglo quince, los libros no circulaban sino en copias manuscritas, lo que tendía á hacer limitadísima su circulación y á dificultar la producción intelectual. Vino el famoso descubrimiento de Guttemberg á mediados de ese siglo y entonces hubo un verdadero desborde de la emisión del pensamiento. Establecieronse imprentas en casi todas las ciudades de importancia y los libros comenzaron á imprimirse por millares, desde el abultado infolio hasta el minúsculo devocionario. Tal abundancia de publicaciones hizo ver la necesidad de formar catálogos de los libros que salían de las prensas y así tuvo su origen la Bibliografía.

Se limitó ésta en sus principios á la formación de breves índices ó catálogos de libros, sin crítica, sin ilustración alguna. Hoy se toma un libro, se describe su portada sin alterar ni lo más mínimo, se dá el lugar y fecha de su impresión, se hace minuciosa relación de sus preliminares, de su tamaño, del número de hojas de su texto y de los grabados ó particularidades que contenga. Luego se enumeran las ediciones que de la obra se hayan hecho; se hace un juicio crítico de ella y se ilustra la descripción con la biografía del autor y documentos que con éste ó con la obra misma se relacionen. Hé aquí lo que es la Bibliografía crítica y razonada en el sentido moderno de la palabra. La labor del bibliógrafo, es pues, fatigosa y junto con una paciencia de benedictino se requiere un claro criterio y una ilustración superior para hacer apreciable su obra.

Entre las bibliografías que revisten mayor interés para el Perú, tenemos, en primer término, el Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental de don Antonio de León Pinelo, oriundo de Portugal, pero que vino de tiernos años al Perú. Su libro puede considerarse como la primera bibliografía americana, á la que el autor dedicó especial atención, pues como dice en su prólogo, "comienza por lo más curioso y abatido que son los libros de Indias". Viene en seguida la Biblioteca Hispano Nova, del sevillano don Nicolás Antonio y Bernal, impresa por primera vez en 1672 y que contiene la re-

lación de los libros impresos desde 1500. Ocúpase en ella de muchos libros y autores americanos.

Tenemos luego los tres tomos del Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental publicados por don Andrés González de Barcia en 1737, adicionando la obra de León Pinelo; la magnífica Bibliografía de Harrise, que es el verdadero fundador de la bibliografía metódica; los cuatro tomos del Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, de Gallardo; el Diccionario de libros relativos á la América desde su descubrimiento hasta nuestros días, de Joseph Sabin, del cual llegaron á publicarse en Nueva York hasta 1872, veinte tomos; la Bibliografía española de las lenguas indíjenas de América del Conde de la Viñaza, obra muy notable á pesar de las omisiones que tiene; la Bibliografía antropológica del Perú, de Jorge Dorsey, impresa en Chicago en 1898; la Biblioteca Peruana de René Moreno, que es una bibliografía de los libros peruanos que existen en la Biblioteca Nacional de Santiago y en la del Instituto Nacional de la misma ciudad; obra llena de apreciaciones y noticias muy valiosas, y otras muchas de menor importancia que sería largo enumerar.

Pero lo que requiere particular mención son las obras bibliográficas de don José Toribio Medina, indiscutiblemente el más insigne de los bibliógrafos modernos. Son estas, por lo que al Perú respecta, su Biblioteca Hispano Americana, en seis volúmenes, conteniendo la descripción de libros relativos á América impresos en el Viejo Continente desde 1493 hasta 1810, obra muy notable, preñada de una erudición que admira. Síguese la Biblioteca Hispano Chilena, llena de descripciones de libros, citas y noticias que pertenecen á la bibliografía peruana y por fin, su magistral obra la Imprenta en Lima, conteniendo la descripción de los libros impresos en esta ciudad desde 1584 hasta 1810, cuyo cuarto y último tomo acaba de ver la luz en Santiago, obra tan notable y tan llena de erudición como las anteriores.

En nuestro país, si no se ha dado preferencia á los estudios bibliográficos, tampoco se puede decir que hayan sido echados al olvido. Tenemos la Biblioteca Peruana del recordado historiador don Mariano Felipe Paz Soldán, que perte-

nece á la categoría de las bibliografías simples, pero que presta incalculables servicios á los hombres de estudio. Fatalmente la muerte sorprendió al autor antes que hubiese terminado la impresión de la obra y sólo llega á la letra P, pues está por orden alfabético. Tenemos luego el trabajo bibliográfico del señor Prince sobre los incunables peruanos, esto es, sobre los libros impresos en Lima desde 1584 hasta 1650; la Bibliografía de Santa Rosa de Lima, del señor Coronel Zegarra, que son apuntes tomados de su espléndida bibliografía peruana, á que dedicó el autor gran parte de su vida y que permanece inédita, según entiendo, depositada en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos; además, hay apreciables noticias sobre libros y autores contenidas en las crónicas religiosas y libros de otra naturaleza.

En pos de todos estos bibliógrafos extranjeros y nacionales, viene nuestro nuevo compañero el padre Angulo con su bibliografía dominicana en el Perú, obra repleta de erudición y de juicios atinados, próxima á ver la luz, y de cuya importancia ha podido penetrarse el Instituto.

A riesgo de ofender la modestia de los autores, voy á hacer mención de otros dos trabajos bibliográficos que están, puede decirse, listos para la imprenta: dos piedras preciosas en poder del lapidario que han de deslumbrar con su brillo cuando salgan de manos del artirista. Son éstas la bibliografía eclesiástica del Perú formada con perseverante empeño por nuestro Secretario el señor don José Toribio Polo, y un tomo de adiciones á la Imprenta en Lima de Medina, por nuestro sabio Vice-presidente el Doctor Patrón. Cuando estas obras hayan salido á luz, el Perú podrá preciarse de tener la bibliografía más completa que ningún otro país, hasta mediados del siglo XIX, y no digo perfecta porque en Bibliografía jamás se llega á la perfección.

Aquí debiera poner fin á este breve discurso si aún no tuviese que llenar un deber, un deber muy penoso, señores, porque á la satisfacción que siente el Instituto al recibir en su seno un nuevo miembro que comparta con nosotros las tareas que nos hemos impuesto, vá siempre ligado el doloroso recuerdo de la desaparición de otro de sus miembros. Pero esta es ley fatal de la Naturaleza y el Instituto Histórico que lamenta la muerte de cuatro de sus miembros apenas en dos

años de existencia, ha tenido la fortuna de compensar pérdidas tan lastimosas admitiendo en su seno á otros hombres no menos bien preparados para llenar los fines que le encomendara el ilustre Gobernante que decretó su creación.

Viene el distinguido padre Angulo á ocupar el sillón que quedara vacante por muerte del señor D. Manuel Jesús Obín. Fué nuestro lamentado compañero una inteligencia cultivadísima, periodista notable, muy versado financista, que nos ha legado un apreciable trabajo sobre la independencia del Perú y otro sobre su primer Congreso Constituyente, pero á quien la lucha por la existencia y las vicisitudes políticas no permitieron dedicar á lucubraciones históricas todo el tiempo que hubiera sido de desearse.

El Instituto Histórico, señores, lamenta muy sinceramente la prematura desaparición del señor Obín.